

El cielo en la tierra

Juan José Contíñez Ruiz

Image not found.

Capítulo 1

— ¿Qué es para ti el cielo en la tierra?

La primera vez que escuché esa pregunta fue en los labios de una pequeña pecosa, con trenzas cobrizas, que me miraba de un modo resuelto. Cómo si de la respuesta a aquella pregunta dependiera nuestro futuro.

Y así era.

Con ocho años las respuestas son rápidas y viscerales, lo difícil, era definir aquel torrente de energía en palabras.

Aquello se perdió. Sin remedio. La vida después nos traga, indolente y sin ningún tipo de afectación empática. Nos engulle el ritmo de un frenético tren rutinario que cada día hace sus mismas paradas y que solo unos cuantos de sus pasajeros cambian. La vida pasa, y de pronto te das cuenta, que lo único que recuerdas, si te fuerzas a hacerlo, es una espera eterna, un sinfín de estaciones y andenes, en los que predominan los transbordos sobre los destinos.

En aquella ocasión dije:

—Los chicles boomer kilométricos, ir al cine con mi padre y los veranos en la playa.

No cambia mucho de cualquier trinidad de deseos que a día de hoy pediría un hombre ya maduro, solo tienes que atravesar el significado literal y generalizar su significado:

Una comida deliciosa, pasar tiempo con la familia y descansar.

Ni de pequeño era muy original.

Ni lo fui en mi matrimonio. No acabé con aquella chica pecosa, su paso por mi trayecto se limitó casi a hacerme esa pregunta, como quién distraídamente conversa con la maleta a sus pies para evitar que le roben. Mi mujer era lo más parecido a mi madre, alguien que supliría mi falta de fuerza.

No calibré sus necesidades, solo las mías. No reparé que incluso de motivar se cansa un motivador nato. El universo necesita equilibrio, y si un péndulo solo oscila hacia un lado pierde su fuerza y se inmoviliza.

No lo hice, y fue ella, algo que si esperaba, quien una noche me dejó.

—No puedo seguir, Uriel, no puedo estar eternamente animándote, abrazándote para que esa tristeza que siempre tienes encima se vaya cada noche y al menos te deje dormir. Porque cada noche, un poco de ella, queda encerrada en mi. Y ya no me cabe más.

Aquella noche la tristeza se quedó conmigo y ya nunca más se la presté al dormir, tampoco estuvo para poder hacerlo.

Al poco de separarme, perdí mi trabajo. Si lo pienso era una consecuencia lógica, de todo, nuevamente una ley del universo: causa y efecto. La forma de pensar en mis deseos marcaba el ritmo de mi vida. Y fiel a dicha ley el flujo fue creciendo. Si no meforcé a imaginar entonces, cuando aún la realidad no había penetrado en mi consciencia, cómo lo haría ahora.

Acabé en la calle. Rodeado de extraños que vibraban parecido a mí, y por primera vez la realidad se ajustó a lo que sentía, dormía en estaciones de tren cada noche al resguardo del traqueteo del presente que había perdido su sentido. Cada día repetía las mismas frases, solo cambié el lugar y mi apariencia:

Buenas días. Aquí estamos, tirando. Bueno al menos hay salud.

El cubículo que albergaba mi laboriosa tarea diaria ahora era de cartón. Pero algo no había cambiado, la tristeza era la misma, la vista como la vista, pesa.

Pero esta vez tenía un plan.

En un papel, la primera noche que pasé en la calle, con la visión de las estrellas sobre mí y una luna inmensa que iluminaba mi cara, vino a mí de nuevo la imagen de aquella pequeña, y su pregunta:

—Qué es el cielo en la tierra para ti.

Ésta vez me esforcé en imaginar. Me impuse una regla, debían ser placeres pequeños, que en un día, a lo sumo dos, se cumplieran; no podía ser una casa en el mar, ni nada que necesitara de su conservación para su disfrute. Vací mi mente y dejé que fuera ella. Lo primero, lo fácil, fue lo lógico:

Una cama confortable al menos para una noche. Con aire acondicionado. Aunque he de reconocer que mejor vistas que en el suelo de aquel parque no tendría nunca al dormir. Así que pensé en una cama confortable, con una gran ventanal justo encima, para poder observar las estrellas.

Mi mente funciona por lógica, rutina y asociaciones. Meforcé más.

Comer caviar iraní con vodka. Desde que lo vi en una película siempre lo he deseado probar. Me sentí satisfecho. Había elucubrado por primera vez por referencias a cosas que nunca había realizado, pero no era suficiente.

Que me abracen esa noche, al menos dos veces. Pensé varias veces en borrarlo, porque sabía, que en realidad lo que quería, era de nuevo prestar mi tristeza a alguien para poder dormir, y me pareció un deseo egoísta, pero al final decidí dejarlo; era mi noche y debía ser egoísta.

Esta noche ha sido esa noche. He ahorrado durante años para realizarla y después acabar plácidamente con mi vida en este hotel. Ella ya se ha ido. He tenido que pagar los abrazos, pero aún así ha funcionado, se ha llevado mi tristeza con ella.

He bajado a recepción y he dicho que quería ya dejar la habitación pagada. Nunca he sido un ladrón; y he subido de nuevo a mi comfortable habitación. Con mi cama que moví hasta situarla bajo la ventana y así poder mirar las estrellas.

Antes de despuntar el alba he llenado la bañera y a modo de nota informativa he escrito mi historia. Y por primera vez estoy dudando, y por segunda, imaginando.

Quién sabe, tal vez el cielo en la tierra sea eso, preguntarte y que aún queden respuestas por cumplir.